

apoyadas en graves autoridades. En su consecuencia, los que adoptaban aquel sistema, declaraban que no se podría considerar una opinión como «probable desde el momento en que es contraria á las palabras de la Escritura, á las decisiones de la Iglesia y al parecer más comun de los Padres.» La voluntad humana es libre hasta el punto en que Dios no la ha limitado por la ley; donde la ley falta el hombre puede obrar. Cuando hay una ley, un caso determinado, es preciso conformarse con ella por deber; pero una ley incierta no puede arrebatarnos la libertad, en atención á que una ley dudosa es nula. En estos límites se ve cómo pudieron adherirse á esta doctrina, eminentes teólogos como Bellarmino, Aguirre, Pallavicino y otros. Pero, para emplear las expresiones de Bossuet, «sacerdotes, frailes de toda orden y de todo color, no pudiendo estirpar los desórdenes que se aumentaban en el mundo, adoptaron el mal partido de escusarlos ó disfrazarlos, creyendo hacer un gran servicio á Dios ganando almas con una falsa dulzura.» (13) Habiendo llegado la doctrina del *probabilismo* á afirmar que un solo escritor bastaba para hacer probable una opinión, resultó la turba de casuistas que sostuvieron decisiones tan extravagantes, que no era posible siquiera conciliarlas con el cristianismo. Estaban, sin embargo, animados de excelentes intenciones, y se manifestaban verdaderos modelos de pureza. Su práctica no conviene, por lo demás, sino á los particulares, habiendo condenado la Iglesia al que dijese que se puede seguir una opinión probable, con tal que no deje de serlo y esté sostenida por un escritor, aun cuando sea moderno.

Mientras que se clamaba contra la Iglesia por intolerante, clamaron también contra los jesuitas por tolerantes; y al mismo tiempo que se encontraba tiranía en reprobos los teatros y los bailes, los que los escusaban eran acusados de relajación.

Arnauld se declaraba, pues, contra los jesuitas, á quienes se atribuían principalmente aquellas condescendencias, queriendo que la conversión fuese interior antes de manifestarse exteriormente el verdadero arrepentimiento, y la contrición precediese á la absolución; en fin, que se practicase la penitencia antes de acercarse á la santa mesa y se apoyaba principalmente respecto á esto en san Carlos Borromeo. Su libro leído por la alta sociedad y por las mujeres, produjo admirables efectos. En cambio, la oposición fué de las más vivas. Los pulpitos fulminaron, y hubo un diluvio de escritos é invectivas. Se apoderaron de algunas frases aisladas para censurarlas; Arnauld tuvo que ocultarse y defenderse toda su vida de los lazos que le tendían. Pero Roma no le condenó, y los mismos confesores, sin creerlo, usaron más prudente rigor en las absoluciones, sin llegar hasta el exceso á que se dirigía Arnauld (14).

(13) Memorias de Luis XIV, para la asamblea de 1700.  
(14) Bossuet caracterizaba de esta manera á ambos

Este libro hizo aun que muchas personas de la alta sociedad, acostumbradas á las intrigas, al duelo, «á las diversiones de talento y galantes,» se retirasen á aquella piadosa sociedad de Port-Royal pura meditar, trabajar, arrepentirse, sin renunciar, sin embargo, á sus antiguas costumbres. Así fué, que cuando las turbulencias de la Fronda les arrebataron toda seguridad, se les vió montar á caballo, empuñar la espada y fortificar los alrededores de Port-Royal, con el duque de Luynes á su cabeza; aunque consultando De-Sacy sobre la cuestión de saber si se podía disparar contra los sitiadores, contestaron que no se cargase más que con pólvora (15).

Citaremos entre aquellos solitarios á Claudio Lancelot, distinguido literato; á Antonio Singlin, que obtuvo después la dirección espiritual; á Nicolás Fontaine, que escribió las memorias de Port-Royal con sus sencillos detalles, difundidos por Froissart en la descripción de la vida de los castellanos. La familia de Arnauld, compuesta de veinte individuos, de los cuales seis hermanas habían toniado el velo, dos hermanos y varios sobrinos permanecían entre los solitarios y eran siempre el núcleo de aquella asociación (16). Al saber la madre de estos últimos que su hijo menor había sido muerto en el sitio de Verdun, dió gracias á Dios de haberle preservado de perecer en un singular combate como continuamente se

partidos, en su oración fúnebre de Cornet. «Dos peligrosas enfermedades han afligido en nuestros días el cuerpo de la Iglesia; se ha apoderado de algunos doctores una despreciable é inhumana complacencia, una piedad asesina que les ha hecho poner cojines bajo los codos de los pecadores, buscar cubiertas á sus pasiones... Algunos otros, no menos estremados, han cautivado su conciencia con rigores muy injustos; no pueden soportar ninguna debilidad... Destruyen con otro exceso el espíritu de piedad, encuentran en todas partes nuevos crímenes, y aniquilan la debilidad humana añadiéndola el yugo que Dios nos impone. ¿Quién no conoce que este rigor aumenta la presunción, alimenta el desden, sostiene un gran pesar y un talento de fastuosa singularidad, hace aparecer la virtud demasiado pesada, el Evangelio excesivo y el cristianismo imposible?»

(15) La madre Angélica decía en una carta escrita con respecto á esto: «Bendigo á Dios de que se hayan concluido las torres, y le suplico que lleguen á ser el refugio de los pobres evangélicos. Si quisiera el señor duque me alegraría de que se dedicasen, la primera al Santísimo Sacramento, la segunda á la Santísima Virgen, la tercera á san José... la sexta á san Pedro y san Pablo, la octava á san Luis... si Dios inspira otras advocaciones al señor de Luynes también las amaré. Tan pronto como se concluyan, me parece que el señor De-Sacy debía bendecirlas. Estando cubiertas como creo, me parece que sería bueno que hubiese una cruz en lo alto del pabellon, para asustar á los demonios visibles é invisibles.»

(16) Entre las argucias con que se razonó aquella cuestión: la siguiente genealogía no es de muy mal gusto: *Paulus genuit Augustinum; Augustinus, Calvinum; Calvinus, Jansenium; Jansenius, Sancyranum, Arnoldum et fratres eius.*

temia en una época en que los duelos eran tan frecuentes, y á los que podían ser comprometidos hasta los más pacíficos por la deplorable costumbre de los *segundos*; después de su lecho de muerte, donde era asistida por el que llamaron el Gran Arnauld, y tenía por confesor á Sacy, su hijo, exclamaba: *¡Dios mío! ¿cómo he merecido tener á semejante hijo?* Roberto de Andilly, hijo mayor del abogado Arnauld, personaje importante en la corte y adornado de los círculos, de quien Balzac decía: «No se avergüenza de las virtudes cristianas, ni se envanece de las morales,» fué á habitar á Port-Royal, donde permaneció como patriarca.

Había escrito sus Memorias, testimonio elocuente de las costumbres civilizadas de entonces; puede casi decirse de corte, costumbres cuya tradición conservó entre los solitarios, mezclando algunas flores á los frutos con una gracia frugal y sólida; ocupándose en desecar aquellos pantanos, en embellecer los jardines, obtener raros ingertos que Racine alababa en sus versos, y cuyos productos se vendían en provecho de los pobres, después que las primicias se ofrecían á la corte y á los grandes para apaciguar ó prevenir las malas disposiciones. Sus relaciones hacían favorable este retiro, objeto de las celosas envidias, al círculo literario del palacio de Rambouillet, y atraían allí las visitas de la alta sociedad. Se dirigían á él para obtener su parecer sobre la lengua, en atención á que se había ejercitado, sobre todo en las traducciones.

Isaac Luis De-Sacy, hermano segundo de Antonio Le-Maistre, director y confesor, tan sabio como los demás solitarios y más prudente que ellos, de un carácter firme pero sin arrebatos, dió todo su patrimonio á Port-Royal, sin reservarse más que una mediana pensión que distribuía á los pobres. Era un hombre de opiniones fijas, enemigo de las discusiones: el remedio general que sugería á aquellos cuya conciencia dirigía era leer y meditar la Sagrada Escritura. «Todo le servía para llegar de pronto á Dios y hacer llegar á los demás.» Cierta número de solitarios se dedicaban á la enseñanza, buscando, en las pequeñas escuelas que habían establecido, separar tanto como fuera posible las dificultades, y en suprimir lo que hubiese de árido en los métodos de la época. Pusieron en verso, con gran trabajo, la gramática, la prosodia, la geografía, las raíces griegas, las más rebeldes materias, con objeto de ayudar á la memoria y evitar el esfuerzo; después compusieron una lógica, que ha permanecido siendo una de las mejores, y no hay necesidad de decir que rechazaban todo rigor corporal (17). Otros escribían libros de oraciones, en los que abandonaban las formas anticuadas.

De esta manera es como aquellos piadosos hombres asociaban la cultura del Liceo y las austeri-

(17) De la educación é instrucción de Port-Royal da un largo informe SAINT-BEUVE, v. III, pág. 400 y siguientes.

dades de la Tebaida. Renunciando á la gloria se complacieron en las obras anónimas, ayudándose unos á otros sin envidia, según las doctrinas del abad de Saint-Cyran, que «no quería que se perdiese tanto tiempo en sutilizar sobre las palabras, y pesarlas en la balanza como el avaro, porque nada disminuye más el movimiento del Espíritu-Santo que debemos seguir.» Añadía, «que aquella gran propiedad de palabras convenía más bien á académicos que á defensores de la verdad, siendo suficiente el que no hubiese en el estilo nada que chocase.» (18) Jansenio señalaba también entre los efectos de la caída original, como origen de los demás vicios, la concupiscencia, que dividía en tres especies: la pasión de los sentidos, la del saber y la del predominio (19). Ahora bien, según él, por esta sed de saber por saber, que no se refería al objeto único y supremo era por lo que pecaban los doctos, los que estudiaban cuidadosamente la naturaleza y los que se dirigían á lo bello para su complacencia.

Conformándose á aquellas doctrinas, los solitarios de Port-Royal buscaban principalmente la autoridad moral. No tenían la prolijidad; el mismo Arnauld, lleno de ingenuidad y ardor, no se muestra nunca escritor en los cuarenta y dos tomos que ha dejado, y sacrifica el colorido á la exactitud, por lo que cautiva y convence, pero no afecta.

No era posible que semejante reunión de hombres distinguidos dejasen de causar recelos. Se murmuraba contra «aquellas cuarenta buenas plumas cortadas por manos del mismo maestro.» Se pretendía que sus doctrinas eran herejes, que no querían santos ni reliquias, Virgen ni agua bendita; que predicaban una religión de terror, á los ojos de la

(18) *Libido sentiendi, sciendi, excellendi*, VIII, t. II, *De statu natura lapsæ*.

(19) El jansenista de Andilly compuso los versos siguientes con respecto á este asunto:

*Ceux qui du seul éclat des vérités chrétiennes  
Repaisent leur esprit sans passer plus avant,  
Et, quittant la vertu pour embrasser du vent,  
Ont les discours chrétiens et les âmes païennes,  
Ressemblent à celui qui, parmi les clartés,  
Verrait distinctement les plus rares beautés,  
Et remplirait ses yeux d'une image brillante;  
Mais qui, manquant d'un cœur qui le put animer,  
Serait comme un miroir, dont la glace luisante  
Recevrait les objets sans les pouvoir aimer.*

«Los que alimentan su talento con el solo brillo de las verdades cristianas sin pasar más adelante, y abandonando la virtud para abrazar el viento, tienen discursos cristianos y almas paganas; se asemejan á aquel que viera con toda distinción entre las claridades, las más raras bellezas, y llenase su vista con una imagen brillante; pero que careciendo de un corazón que pudiese animarlos, fuese como un espejo, cuya luciente luna recibiese los objetos sin poder amarlos.»

cual las transacciones indulgentes, las absoluciones tolerantes eran herejías. Se les atacó aun más cuando se declararon partidarios de los dogmas de Jansenio.

Ya Arnauld, en el prefacio de la *Frecuente comunión* (1655), había dejado escapar aquellas palabras: que «san Pedro y san Pablo son dos jefes de la Iglesia, que no forman más que uno solo.» Ahora bien, en su *Segunda carta a un duque y par de Francia* sobre aquella controversia, escribió: «Los Padres nos presentan en la persona de san Pedro á un justo á quien la gracia, sin la cual nada se puede, llegó á faltar en una ocasion en que se podía decir que no ha pecado.» La primera proposición fué condenada por Roma, y la otra por la Sorbona; resultó de esto que Arnauld fué tratado como hereje, acusación que de él pasó á todos sus compañeros, y la causa de Port-Royal quedó confundida con la del jansenismo.

Con objeto de celebrar el triunfo obtenido por la bula de Inocencio X, los jesuitas imprimieron en 1653 *La derrota y confusión de los jansenistas*. Al frente de aquella publicación había un grabado alegórico, en el que el papa sentado bajo la paloma, entre la religión que llevaba la cruz y el poder eclesiástico el casco, escomulgaba á Jansenio; desplegando sus alas de demonio el obispo de Ipres, se refugiaba con su libro en Calvino, que en un rincón, cogía con los brazos abiertos á un jansenista representado con anteojos. Era una caricatura de mal gusto, pero propia para ejercer influencia, porque hería los sentidos. Los jansenistas creyeron, pues, deber contestar á ella, y Sacy publicó las *Miniaturas del almanaque de los jesuitas*, con cuartetos en los que se separaba demasiado del espíritu moderado y severo de Port-Royal. Si estas burlas eran mal miradas por las personas sensatas, divertían á la alta sociedad, que no quiere más que reirse de las cuestiones literarias ó teológicas. Pero un escritor de mayores alcances le preparaba un pasto más sólido.

Pascal, 1623-62.—Blas Pascal, de Clermont-Ferrand, había sido acostumbrado desde su infancia, por su padre, hombre de una inteligencia elevada, á remontarse á las causas, no contentarse con palabras, y formarse ideas claras sobre todas las cosas. Desarrollaba de esta manera las facultades que dominaron en él. Su padre le había prometido también enseñarle las matemáticas cuando poseyese otros conocimientos. Pero, á una simple indicación, el joven Pascal se aplicó á ellas hasta tal punto, que á la edad de doce años solo con ayuda de un carbon, llegó hasta la trigésima segunda proposición de Euclides. Habiendo leído después este autor, escribió á la edad de diez y seis el *Tratado de las secciones cónicas*; á los diez y ocho inventó un mecanismo que ejecutaba muchas operaciones aritméticas. Sus indagaciones sobre el vacío y sobre el barómetro hicieron admirar su fuerza de concepción, su tenaz memoria, su facilidad en comunicar sus pensamientos, la pasión con que

coloreaba las líneas grabadas profundamente sobre el acero de su alma. Pero la aplicación gastaba su salud; así fué que confesó que desde la edad de diez y ocho años no había pasado una hora sin sufrir.

Algunos libros de Port-Royal habían caído en sus manos: aprendió en ellos que la curiosidad humana no es más que vanidad, y que el único estudio digno de nuestras vigilias es el del hombre y el del mundo moral. La lucha entre el amor hacía sus antiguas investigaciones y las nuevas impulsiones de la gracia, acabaron de arruinar su salud, hasta el punto de no tener fuerzas para sostenerse y no poder tragar más que algunas gotas de caldo en medio de los más crueles dolores. Por consejo de los médicos buscó distracciones en el mundo brillante á que pertenecía, y en la ciencia que amaba. Pero habiéndose asustado un día que paseaba en coche sus caballos, estuvo espuesto á ser precipitado en el Sena cerca del puente de Neuilly. Desde aquel momento obró la gracia sobre él. Multiplicó sus visitas á su hermana, [que se había retirado ya á Port-Royal, después de haber merecido, siendo niña, los aplausos del mundo con un talento poético raro en esta edad. Un discurso de Singlin contra la vida disipada de la sociedad acabó de determinarle, y se retiró á Port-Royal bajo su dirección. Se empleaba hasta en los servicios más ínfimos, y se entregaba á la meditación, sufriendo sus penalidades con valor, hasta con alegría, con la idea de que después del pecado la enfermedad es el estado natural del cristiano; así es que debe resignarse á ella como á una necesidad. Sacy que sabía hablar á cada uno de los estudios que prefería, entablaba con frecuencia la conversación con Pascal sobre los filósofos para que recayera de repente en Dios. De aquí nació la *Conversación de Epícteto y Montaigne*, el filósofo que realza la naturaleza humana, y el escéptico que la rebaja revelando sus enfermedades, no para compartirlas con ella, sino para burlarse. Escrita esta conversación, fué el prelude de la grandeza filosófica de Pascal.

Tan magnífica adquisición y los gloriosos amigos que valió á Port-Royal, entre los cuales basta nombrar al jurisperito Domat, llegaron muy á tiempo para reponerle del abatimiento en que le sumergían la persecución y la imputación de herejía. Este espíritu de disputa que se había manifestado en las universidades en tiempo de la escolástica, en la religión en la época de la Liga, y en la política en el de la Fronda, se había entonces reanimado con respecto á la cuestión de gracia, con su acostumbrado séquito de calumnias é injurias. Los solitarios no fueron esceptuados, ni tampoco sus adversarios que, desde lo alto del púlpito y en sus libros, lanzaban el insulto contra las *virgenes locas* ó contra los *calvinistas disfrazados*. Representaban en los teatros de sus colegios y en las mascaradas la condenación de Jansenio y los triunfos de la gracia.

Pero aun se afilaban armas más terribles. La bula pontificia había sido recibida por el rey y por el parlamento, sin siquiera emplear las reservas de costumbre. El célebre canonista de Marca compuso un mandamiento, que los obispos tuvieron que publicar, y que adelantaba más que la misma bula; pues se afirmaba que las cinco proposiciones se habían sacado realmente de Jansenio. Redactó además una fórmula que todos los sacerdotes tuvieron que firmar, cuyo tenor es el siguiente. «Me reconozco en conciencia obligado á obedecer á la constitución de Inocencio X, del 31 de mayo de 1653; y condeno de corazón y boca las doctrinas de las cinco proposiciones de C. Jansenio, contenidas en su *Augustinus*, reprobado por los papas y por los obispos, la cual no es la de san Agustín, que Jansenio ha explicado mal en contra del verdadero sentido de aquel doctor.» Los jansenistas no tenían ya refugio en el derecho ni en el hecho (20). Se intimó á todos los eclesiásticos y á las órdenes religiosas suscribir á aquella fórmula. Los beneficios de los que no lo hicieron fueron considerados como vacantes, y se prohibió conceder ninguno sin que el agraciado hubiese firmado. Habiéndose negado á ello Port-Royal, Luis XIV, que había heredado de Richelieu, además de las otras ideas, el odio al jansenismo, sin comprenderle, y quería perseguirle porque aquel ministro le había perseguido, dispuso despedir á los novicios pensionarios, no recibir más, y cerrar las escuelas de los solitarios.

Condenado por la autoridad (1656), apeló Port-Royal al público en las *Cartas á un provincial* (21). No se hablaba en París, hacia algun tiempo, sino de gracia suficiente y triunfante, poder próximo y distante, como también de las discusiones de la Sorbona, aunque sin comprender nada de ellas. *Las mujeres no hacen más que charlar*, decía Mazarino, aunque no entienden más que yo. Se trataba, pues, de explicar aquellas cuestiones al público, y de espectador que era convertirlo en juez; trasladar el litigio de los teólogos y de la autoridad al pueblo y al sentido común, para demostrar que no se trataba de las bases de la fe sino de una cuestión de palabras; de un debate de teólogos y no de teología. Esta es la tarea que Pascal emprendió en aquellas *Cartas*, que aparecieron por intervalos (1656-7); desafiando, bajo el velo del anónimo, las prohibiciones del gobierno y las avaras investigaciones de la curiosidad.

Pascal empleó el lenguaje usual y un arte de estilo que él mismo había ignorado poseer hasta en-

(20) En una época en la que se utilizaba tanto, Madame de Sevigné decía: *Condensado un poco la religión, que á fuerza de utilizarse, concluye por evaporarse.*

(21) Fueron después coleccionadas con el título de *Cartas escritas por Luis de Montalto á un provincial de sus amigos y á los reverendos padres jesuitas, sobre la moral y política de aquellos padres.*

tonces, porque no había hecho experiencia de él; una frase trasparente que no interpone obstáculo al pensamiento, y hace que el lector distinga sin esfuerzos la luz en aquel caos de nebulosas cuestiones. El amor á la verdad parece mostrarse allí hasta en los más picantes epigramas; la indignación, lejos de ser vengativa, podría casi pasar por filantrópica; la imaginación se encuentra templada por el juicio. Todos los recursos en que se complace el gusto francés, el ridículo, las locuciones puras y vivas, están usadas con un arte lleno de delicadeza y de habilidad. La sociedad se rió, y creyó comprender lo que era el poder próximo, como también la gracia suficiente, pero no triunfante. Fué una escitación á los libre-pensadores, que no pudiendo declararse protestantes, pudieron, al menos, divertirse á espensas de los católicos.

Más fácil era descubrir al pueblo la moral de los casuistas, señalándole con talento y severidad ciertas escitaciones escandalosas, que iniciarle en las espinosas cuestiones de la gracia. Los jesuitas denunciaban en Jansenio cinco proposiciones impalpables sobre la gracia; Pascal denuncia las terribles aplicaciones de una moral relajada. Se escudaba en esto de su objeto, pues llegaba á ser sitiador, pero hacia la defensa de Port-Royal, poniendo en oposición su moral severa é inexorable. Causaba esto risa á la alta sociedad, á la que agradaba el talento del escritor, sin inquietarse si desfiguraba á Escobar, á Busenbaum y á otros grandes moralistas, para ponerlos en ridículo. Este fué un golpe decisivo para los jesuitas, á quienes no se les juzgó ya por lo que eran, por sus acciones ó sus escritos, sino por lo que Pascal había dicho de ellos. Sus chistes quedaron, aun cuando aquellas *mentiras inmortales* perdieron con las circunstancias la mitad de su mérito, y no fueron leídas sino por pocas personas, aunque todo el mundo hablaba de ellas (22).

Las *Provinciales* fueron traducidas al latín por Nicole, bajo el pseudónimo de Wendrock, con notas que las envenenaban, y en las que atacaba implacable y personalmente á los jesuitas (23). Fueron entonces reprobadas más abiertamente; el parlamento de Provenza las hizo quemar, y el rey

(22) «Todo el libro de las *Provinciales* estribaba en una base falsa, se atribuían abiertamente á toda la sociedad las opiniones estravagantes de varios jesuitas españoles y flamencos. Se hubieran podido atribuir también á los casuistas dominicos y franciscanos; pero sólo á los jesuitas era á los que se quería atacar: se trataba de probar en aquellas cartas que se habían formado el designio de corromper las costumbres de los hombres; designio que ninguna secta, ninguna sociedad ha tenido nunca ni puede tener. Pero no se trataba de tener razón, sino de divertir al público.» VOLTAIRE, *Siglo de Luis XIV*, cap. 36.

(23) Es notable que sacó sus principales argumentos de la obra del jesuita Comitolo, que cincuenta años antes había combatido el probabilismo.

romper por mano del verdugo. Es más fácil quemar semejantes libros que contestar á ellos. Ahora bien, los jesuitas desempeñaron mal y tarde esta tarea. En la *Apología de los casuistas contra las calumnias de los jansenistas*, el padre Perrot pretendió disculpar las más extravagantes opiniones, exageración que justificaba los ataques de Pascal y fué condenado por el papa. Los jansenistas vieron en esto un triunfo, y aun más cuando Alejandro VII les reprobó cuarenta y cinco proposiciones de relajada moral, é Inocencio XI otras sesenta y cinco, de las cuales la mayor parte habían sido atacadas por las *Provinciales*: causa admiración el que hayan sido sostenidas por doctores llenos de buen sentido. Sólo en 1696 fué cuando el padre Daniel emprendió demostrar la mala fe de varios de los ataques de Pascal, estableciendo que los jesuitas habían sido acusados de hechos comunes á los jansenistas, y que se había atribuido á todo el cuerpo las opiniones de alguno de sus miembros; en fin, que las doctrinas del probabilismo no habían sido inventadas por ellos, ni profesadas especialmente por su orden.

En resumen, dos partidos, en presencia uno de otro, querían manifestar á porfía virtud y rigidez. Parecía que facilitando los jesuitas el camino del paraíso, hacían que las conciencias fuesen menos severas, y los jansenistas, haciéndolo dificultoso, inclinaban á las almas á desesperar de Dios, y á desanimarse de la práctica de la virtud. Los jesuitas parecían sostener doctrinas más razonables y más prácticas; sus adversarios se unían cada vez más á la autoridad. Unos, cortesanos flexibles, se habían extendido por el mundo; los otros, dedicados á la vida solitaria, se manifestaban cáusticos é inexorables. Los jesuitas hubieran querido elevar la teología al nivel de las ciencias de la época; Port-Royal creía en las revelaciones y los milagros. Pascal no sospechó ciertamente que aquella controversia espiritual y sofística, inspirada por antipatías personales, y sostenida por ayuda de algunas sutilezas, le hacía el precursor de tantos escritores que desde aquel momento, combatieron no sólo á los teólogos, sino á la teología; no sólo á los jesuitas sino á Jesucristo (24). En aquella época es, sin em-

(24) «La multiplicación de esta clase de libelos no hace más que exasperar los ánimos, que deberían estar unidos por el santo lazo de la caridad. El uno ultraja al otro en este género de escritos, y solo los herejes y los libertinos son los que se aprovechan de ello.» Así se espresa Mich Germain en la *Correspondencia inédita de Mabillon y de Montfaucon* por M. Valery. Paris, 1846.

Saint-Beuve, en su obra sobre Port-Royal, t. III, página 154, después de exponer los medios de ataque y de la defensa, deplorable para ambos partidos, deja escapar esta verdad: *C'est Voltaire qui en definitive herite le plus clairement de tout cela*; y en la página 217: *Pascal (il n'y a pas à se le dissimuler) fit plus qu'il n'avait voulu: en demasquant si bien le dedans, il contribua à discrediter la pratique; en perçant victorieusement le casuisme, il atreignit;*

bargo, cuando comenzó la decadencia de Port-Royal. El talento severo de Saint-Cyran se había convertido en ironía; aquellos respetables solitarios se veían reducidos á intrigas y á usar de medios clandestinos para imprimir y circular aquellas temibles cartas. Los numerosos prosélitos que hizo el jansenismo eran personas de la alta sociedad con las que era preciso transigir sobre el error primitivo; y la renaciente austeridad del cristianismo no produjo más que una facción que con el tiempo se encontró sujeta á intrigas y chismes de mujeres.

La opinión pública favorece siempre á los que invocan sus juicios y atraen sus adversarios á su tribunal; pero las *Provinciales* no eran propias para tranquilizar los ánimos y alejar la persecución. Recurrióse á la violencia para espulsar á los solitarios de Port-Royal; pero se conmovió la conciencia del rey á vista de los milagros que se verificaban allí. Una sobrina de Pascal se encontró curada de una fístula lacrimal con el solo contacto de una sagrada espina, milagro atestiguado por el mejor abogado de la época, por el sábio más célebre y por el mayor pensador: Arnauld, Le-Maistre y Pascal.

Sin embargo, cuando los jansenistas parecía que iban á sucumbir á un *Formulario*, tan preciso, usaron de todas las sutilezas de la lógica para sustraerse á las consecuencias de un principio que no combatían: aun más, la condena del papa hizo nacer ideas sobre los límites del poder que había sentenciado. Jansenio había dicho ya que sucedía á veces que la Santa Sede reprobaba una proposición sólo por amor á la paz, sin declararla por esto falsa; se añadió entonces que la infalibilidad del papa no se estiende sobre los hechos, y se negó que las proposiciones acriminadas se encontrasen en Jansenio. Cuatro obispos emprendieron sostener aquella causa. Enrique Arnauld, hermano de Roberto, obispo de Angers; Nicolás Pavillon, de Alet; Francisco Caulet, de Pamiers; Estéban Nicolás Choart, de Beauvais. Algunos capítulos se adhirieron á sus opiniones apoyando la distinción entre el derecho y el hecho.

Perfixe, arzobispo de París, hizo todo lo posible para que aquella división cesase, y dice, para aquietar las conciencias, que la infalibilidad del papa, en materia de hecho, debía creerse, no de *fe divina*, sino de *fe humana*; nueva distinción que produjo tantos debates como las demás. Además la desnuda esposición de cargos dirigidos por aquel prelado á las monjas morosas le atrajo todo

*sans y songers la confession meme, c'est à dire, le tribunal qui rend nécessaire ce code de procedure morale, et jusqu'à un certain point, cet art de chicane.*

Jibbon en sus *Memorias* dice que leía todo el año las *Provinciales*, «y me enseñaron á manejar la ironía grave y moderada, y aplicarla también á la solemnidad de los asuntos eclesiásticos.»—¿Habría pensado Pascal en educar á tal estudiante?

el ridículo que aguarda al depositario de una gran autoridad, cuando la pasión le hace rebajarse. Las hermanas de Port-Royal se obstinaban en no querer afirmar que las proposiciones condenadas existiesen en un libro que no habían leído (25). Si se les decía que *el papa había sentenciado*, contestaban, que los mismos papas Honorio y Liberio se habían engañado; si se les hacía presente que eran muy pocas en comparación de la comunión general de los fieles, contestaban, que en un principio los discípulos del Salvador no eran más que un puñado de individuos. Si se las amenazaba con privarlas de los sacramentos, decían que los santos anacoretas habían estado privados de ellos, y que el espíritu es el que vivifica y no la carne. «Puras como ángeles, decían sus enemigos, y orgullosas como demonios,» apelaron al parlamento, y fueron consideradas como contumaces y rebeldes con respecto á la autoridad eclesiástica: con relación á los opúsculos sobre la infalibilidad del papa, se les contestaba con la mano del verdugo.

La policía dió fin á aquellas discusiones trasladando á la mayor parte de aquellas monjas á otros monasterios. La madre Angélica, cargada de años y enfermedades, se vió obligada á abandonar su antiguo asilo para ir á morir á Port-Royal de París. Pero también allí encontró soldados y oficiales que despedían á las novicias, á las pensionistas y á las que no habían hecho votos. Tuvo el dolor de ver que le arrancaban una después de otra sus antiguas discípulas, y las discípulas de éstas: «Nuestro buen amo, exclamaba ha querido que fuésemos despojados de todo lo que nos quedaba; padres, hermanas, discípulas, doncellas, todos se han marchado. ¡Bendito sea Dios!» Pero escribió á la reina Ana una carta para que se le entregase cuando ya no existiese; en cuya carta, sin quejas, sin debilidades, «le esponía con toda franqueza los motivos de la comunidad sin procurar apiadar sobre ella, sino obtener justicia para las que dejaba en el mundo. *Ahora, dijo, la obra buena está concluida*; y no pensó más que en la muerte. Las hermanas desobedientes fueron privadas de los sacramentos hasta en el artículo de la muerte. Los jefes del partido se ocultaron; algunos fueron presos, y de este número fué Sacy; cuando lo fué, se registraron sus papeles usando del acostumbrado absurdo de sutilizar sobre sus ideas (26). Después de haber leído el rey el proceso verbal,

(25) El ilustre Malebranche confesó haber firmado el *Formulario* sin conocer el libro de Jansenio, de lo cual pedía perdón á Dios y á los hombres.

(26) Uno de sus hermanos en religion había copiado en hermosísimos caracteres ciertos versos de Gomberville, que comenzaban de esta manera:

Lejos de la corte y de la guerra,  
Aprendo á morir en aquestos lugares, etc.

Como la L de la primera palabra francesa *Loin* la ha-

dijo: que todo anunciaba un hombre de talento y virtuoso; pero no dejó por eso de tenerle dos años en la Bastilla.

De-Sacy, que había terminado ya la traducción del Nuevo Testamento, emprendió en su prisión la de la Biblia, y encontró encantos que le distrajesen de la monotonía de la soledad en la vida de la imaginación y del sentimiento que los tiranos no pueden arrebatarse. Port-Royal había sostenido el derecho que tienen los fieles de leer la Biblia y los libros rituales en la lengua vulgar; pero las antiguas versiones contrastaban demasiado con la elegancia que se había introducido en el idioma. La que hizo Sacy encontró grandes dificultades; pero fué una felicidad el que el censor le obligase á añadir esplicaciones, pues resultó un hermoso comentario. Como el traductor no sabía el hebreo se sujetó á la Vulgata, la que suavizó y adornó para conformarse al gusto de la época, sin sobrecargarla, sin embargo (27).

La persecución, que duró cuatro años, excitó la indignación contra los fuertes, que eran los autores, y el interés hacia las víctimas, que engañadas, pero respetables, se resignaron á permanecer privadas hasta el artículo de la muerte de los consuelos religiosos, más bien que á comparecer ante Dios con la conciencia manchada con un juramento contrario á su convicción. «El rey, decían, goza de una autoridad sin límites; puede hacer obispos, cardenales: ¿por qué no ha de hacer también mártires?»

Así como en la época de la Fronda, se mezclaron también entonces las mujeres en muchos de aquellos debates, sobre todo la duquesa de Longueville, heroína asimismo de la Fronda: emprendió restablecer la paz entre los partidos religiosos; presentó á Clemente IX, que más pacífico que Alejandro VII, quería apagar el fuego y no atizarle, una defensa llena de dignidad en favor de Port-Royal, y empleó además su antigua habilidad en vencer los obstáculos que resultaban del orgullo del rey y de la malevolencia de sus consejeros. A los cuatro obispos opositores se les indujo á que firmasen el *Formulario*, y se acuñó una medalla para eternizar el recuerdo de la *paz de la Iglesia*.

Pascal había muerto ya. Puesto en libertad de Sacy, prosigió su trabajo; Arnauld y Nicole dirigieron contra los protestantes la actividad de su talento y produjeron dos obras admirables, la *Perpetuidad de la Fe* y los *Ensayos morales*. Le Nain de Tillemont escribió la Historia de los primeros siglos de la Iglesia, obra de toda su vida, ne-

bia dejado en blanco para iluminarla, el comisario delegado pretendió que había querido escribir *Foin*, y poco faltó para que resultase un proceso criminal.

(27) Hizo aun otras traducciones, entre otras la de la *Imitación* y la de las *Homilias de San Juan Crisóstomo*; y se le deben también ediciones de los autores clásicos, purgados de los pasajes inconvenientes.